

El tema de este texto es la comunicación y la niñez, y el punto de partida son dos experiencias concretas: la coordinación de la producción de textos sobre esta temática para el programa de RNTC y de UNICEF, y la dirección de una investigación acerca de la Radio en Centroamérica. Como resultado, la reflexión se abre en torno a dos cuestiones: los usos sociales de la niñez, y el generalizado desconocimiento que tienen los medios de comunicación y los comunicadores en relación con dichos usos y con los niños y niñas en general.

LA COMUNICACIÓN EN TORNO A LA NIÑEZ

Estas páginas se inscriben en un esfuerzo en favor del reconocimiento de los derechos del niño que arranca en Quito, Ecuador, en 1985, cuando organizamos en CIESPAL un seminario sobre Comunicación y Niñez que dio lugar a toda una línea de trabajo iniciada en ese país y continuada a partir de 1988 en Centroamérica.

En esta última región, a través del programa de Radio Nederland Training Centre y de UNICEF, me tocó coordinar la producción de textos sobre nuestro tema y dirigir una investigación, hacia 1989, de la Radio en Centroamérica, a través de la cual comprobamos la pobreza de programas en favor de los niños, de las mujeres y los campesinos en la casi totalidad de las emisoras.

A partir de 1988 y por cuatro años fui jurado del Premio de Prensa UNICEF, en favor de la niñez y de la familia. Ello me permitió reconocer la forma en que los medios impresos, radiales y televisivos aludían a seres tan vulnerables de las diferentes sociedades.

Hablamos, desde un comienzo, de una terrible violencia ejercida sobre miles de miles de víctimas. Acá no hay lugar para sutilezas: una sociedad es más indigna cuando tiende a abandonar a su niñez. Y como la sociedad no es una abstracción, una clase dirigente, una clase empresarial, una clase política en el poder, es más indigna cuando vive como natural ese abandono.

La reflexión y la confrontación con tanta realidad terrible, de la cual de ninguna manera está hoy exento nuestro país, nos llevó a reflexionar sobre los usos sociales de la niñez y el generalizado desconocimiento que en los medios de comunicación, y por lo tanto entre los comunicadores, se tiene en relación con tales usos y los niños en general. Karl Popper, en uno de sus últimos escritos dirigido a criticar los abusos de la televisión, se quejaba de esto último y pedía, como condición para trabajar en dicho medio, una formación en relación con la sensibilidad y las necesidades de la niñez. Material que escandalizó profundamente a Vargas Llosa, convertido desde hace varios años en un pregonero del neoliberalismo a ultranza.

Claro que el problema no es sólo de comunicadores. Hay una gran ignorancia en nuestros espacios sociales de lo que significa ser niño, y no sólo entre los sectores de la población más castigados por la violencia de la pobreza.

La sociedad no ofrece recursos para conocer los daños físicos y psíquicos que se le pueden hacer a un niño. Entre muchas causas, no tenemos todavía claro, en el espacio de las relaciones sociales, qué se entiende por infancia y qué significan sus riesgos y sus necesidades. Nos movemos en una suerte de *naturalización*, de todo lo que van haciendo los padres y la sociedad con los pequeños, como si cualquier exceso tuviera alguna justificación.

Lo que se comprueba es que la idea de niñez es demasiado tardía en la historia, tal como lo expresa la siguiente síntesis de un trabajo de Lloyd Demause:

- Infanticidio (Antigüedad, siglo IV a J. C.)
- Abandono (siglos IV-XIII)
- Ambivalencia: comienza a disminuir la agresividad hacia el niño y se inician las propuestas en torno a la necesidad de “moldearlo” (siglos XIV-XVII)
- Intrusión: aproximación a los pequeños para dominar su mente, para controlarlos desde su interior (siglo XVIII)
- Socialización (siglo XIX mediados del XX)
- Ayuda (comienza a mediados del XX)

La periodización se corresponde con los estudios que han realizado distintos especialistas a fin de comprobar lo que socialmente era válido en determinado momento histórico. En el primer caso, la justificación lisa y llana del infanticidio; en el segundo, el abandono, sea a la muerte o a otros seres que pudieran hacerse cargo; en el tercero, propuestas relacionadas con una acción directa sobre los pequeños para hacerlos miembros de la sociedad; en el cuarto, comienza el juego con el psiquismo, en el sentido de lograr un control de la conducta; el concepto de socialización se comienza a utilizar muy tardíamente en el siglo XIX y el de ayuda, con el apoyo de los adultos, a mediados de nuestro siglo. Esta apretada síntesis de cientos de años, al menos desde la cultura occidental, muestra que la concepción de la infancia ha quedado durante mucho tiempo postergada.

El autor señala al respecto:

“Dado que todavía hay personas que matan, pegan y utilizan sexualmente a los niños, todo intento de periodizar las formas de crianza de los niños ha de empezar por admitir que la evolución psicogénica sigue distintos ritmos en distintas familias, y que muchos padres parecen haberse quedado ‘detenidos’ en modelos históricos anteriores.”

Sus afirmaciones valen sin duda para otras instancias de relación social, y no sólo para la familia.

No pretendemos afirmar que no ha habido cambios, pero sucede que tampoco ellos han sido todo lo definitorios que quisiéramos en una transformación de las relaciones con los pequeños. La violencia y otras formas de agresión están insertas en la trama de la vida cotidiana y se acrecientan cuando ésta tiende a fracturarse, sobre todo por cuestiones económicas.

Vulnerabilidad de la infancia

El concepto de infancia es una adquisición muy tardía en la historia de la humanidad y la preocupación por hacerlo realidad en la vida de los niños es aún más tardía. Todavía resuena, en muchos casos como un anhelo no concretado, la afirmación de Rousseau en su *Emilio*: "Dejad que la infancia madure en los niños". Los Derechos Universales del Niño fueron votados hace muy pocos años en las Naciones Unidas y están todavía muy lejos de ser aplicados en todos los países. En muchos establecimientos educativos de la región los mismos son desconocidos por maestros y alumnos, a pesar de los esfuerzos de difusión a cargo de distintas organizaciones.

Partimos de una afirmación que nadie podrá poner en duda:

La infancia es el período más precario, más débil, más frágil de la existencia de un ser humano.

Y partimos de un hecho:

La responsabilidad por la infancia corresponde al mundo adulto.

Los niños son seres con todas las potencialidades del universo, con toda la libertad por delante; sin embargo

Su niñez es, en primer lugar, lo que hacemos los adultos de ella.

Si inyectamos sistemáticamente frenesí y violencia haremos una niñez frenética y violenta.

Toda violencia sembrada en la niñez, fructificará.

La responsabilidad por la niñez significa, en primer término, la responsabilidad por su alimentación, su abrigo y su salud. Pero, además, por su educación, por su cultura, su aprendizaje, es decir, por su proceso de apropiación del mundo y de sí mismo por parte de cada niño.

Tremenda responsabilidad, la mayor de todas si se toma en cuenta la vulnerabilidad de la infancia.

La vulnerabilidad de un niño se acrecienta cuando más fallan sus naturales instancias mediadoras.

Nos referimos a la vulnerabilidad ante las enfermedades, ante la desnutrición, ante la naturaleza, ante la violencia social, ante la oferta cultural de cualquier signo que sea.

Por su vulnerabilidad, por su incipiente entrada a la vida, el niño depende fuertemente de instancias mediadoras fundamentales como la familia y la escuela, mediadoras entre él y su mundo, entre él y sus posibilidades de aprendizaje.

Cuando fallan las instancias mediadoras más cercanas, la familia, con todas sus variantes contemporáneas, y la escuela, el niño queda a merced del entorno, sin mayores recursos para interrogarlo, para apropiárselo.

Pero dichas instancias son más amplias, porque involucran sobre todo al Estado, con sus organismos dedicados al bienestar de la población, a los medios de comunicación y a la sociedad en general.

Todas y cada una de esas instancias pueden ser maltratantes y abandonantes. Como se señala en el Proyecto de Comunicación Educativa para la Prevención del Maltrato Infantil (CIESPAL, UNESCO, Voces por la Infancia):

“Nuestra sociedad es generadora de comportamientos maltratantes que afectan a los niños, vulnerando su derecho a vivir en armonía consigo mismos. Dichas formas de maltrato, de manera directa o velada, sutil o en forma evidente, se manifiestan en los distintos lugares y momentos de la vida cotidiana, sea a través de los medios de comunicación, las instituciones educacionales, la familia, el barrio, la calle, los medios de locomoción, los servicios hospitalarios... y están enquistados a modo de hábitos rutinarios en la esfera social pública o privada.”

Los usos sociales de la niñez

Entendemos por *uso social* el tomar a un ser humano como un *medio para*. Desde que Aristóteles definía al esclavo como un instrumento y lo ponía en el mismo plano que otros como una espada, un cacharro o un mueble, hasta la abolición de la esclavitud pasaron muchos siglos que significaron, fundamentalmente, un cambio en la concepción que se tenía de todo ser humano. Y para ello no hizo falta que la sociedad entera conociera los fundamentos jurídicos y morales que hacen rechazable la esclavitud.

Lo mismo sucede con la niñez. No está instalada en la sociedad una concepción que permita disminuir las agresiones cotidianas, consideradas como naturales por

muchos adultos, y que apunte a enfrentar con verdadero escándalo los usos sociales.

Reconocemos en esta línea los siguiente usos de la niñez:

- como engranaje de reproducción social
- como fuerza de trabajo
- como descarga de las tensiones de los adultos
- como espectáculo
- como consumidor
- como mercancía

Cada uno supone violencia, sea sutil o abierta. En tanto subsisten, la violencia atraviesa de parte a parte nuestras sociedades, constituye su trama íntima aun cuando nos hayamos habituado a convivir con ella.

Engranaje de reproducción social

La niñez aparece en este uso como algo transitorio, sólo el futuro cuenta, sólo el lugar previsto por la sociedad. Como ella necesita continuar, vienen al mundo seres destinados a ocupar el sitio de otros, a engrandecer patrias, a ampliar el progreso de la humanidad. Hemos oído en guerras recientes incitaciones a las madres para traer más hijos al mundo, con el fin de ocupar los puestos de los caídos en el frente.

La sociedad necesita brazos, consumidores, técnicos, profesionales, enfermeras, maestros, pero a la vez no admite más bocas sin alimentos.

Fuerza de trabajo

Un niño es débil. Nace indefenso, requiere de un largo tiempo para aprender los más elementales recursos de supervivencia, está a merced del mundo adulto, para bien o para mal. La debilidad lo acompaña durante años, es su lado más vulnerable, su llaga abierta a la incertidumbre.

Hay muchas maneras de ensañarse con quien no puede ofrecer la suficiente resistencia, con quien está radicalmente (es decir, de raíz) en manos de los demás. Una de ellas es la de obligar a esa debilidad a convertirse en fuerza de trabajo.

Descarga de tensiones

La niñez es el flanco más vulnerable de cualquier agrupamiento humano. Y lo es no sólo por el peso de la pobreza que repercute siempre en ella, sino también por el trato cotidiano.

El niño aparece como lo más cercano, inmediato, y a la vez lo más lejano. Cercano para ejercer violencia sobre él, para descargar una agresividad a cuenta de las humillaciones y las tensiones diarias; para forzarlo a refrenar sus impulsos vitales, su alegría, su motricidad, su curiosidad. Cercano para descargar una violencia si no física, simbólica, destinada a cerrar caminos a la construcción de la propia personalidad, a la creatividad. Y lejano por la incompreensión, por el desconocimiento de sus más elementales características, por las mínimas cuotas de tiempo dedicadas a apoyarlo, a jugar, a dialogar con él.

Muchos pequeños son forzados a convertirse en el basurero de las descargas de tensiones adultas, basurero físico y psicológico.

Espectáculo

Payasos, contorsionistas, tragafuegos, cantantes, cuenta chistes, bailarines, los niños de la calle son parte de un triste show repetido en la inmensa mayoría de nuestras grandes ciudades. Pero el uso en el espectáculo va más allá: la pornografía infantil, los programas televisivos donde las productoras se ahorran dinero haciendo actuar a los pequeños en torpes caricaturas, en un infantilismo atroz; la publicidad con los chicos como proclamadores de mercancías; los hacedores de noticias, con el placer morboso de mostrar a los niños de la guerra, de las pestes, de las hambrunas.

En una sociedad enferma de espectáculo el niño tiene reservados papeles muy variados, muchos de ellos denigrantes, humillantes, verdaderos insultos a su capacidad y su creatividad.

Consumidor

Se descubrió hace décadas al niño como consumidor. El mercado produce para todos los estratos sociales, desde las muñecas de plástico hasta los juguetes electrónicos.

Existe a escala planetaria una gigantesca línea de mercadotecnia dirigida a los niños y a quienes pueden comprar para ellos, a través de intentos de persuadir a cualquier precio.

Mercancía

Repugna referirse a un tráfico de seres digno de los peores momentos de la esclavitud. Las denuncias sobre pequeños robados, sacados de países, se multiplican.

Los medios de comunicación

Los medios no aportan de manera suficiente a la solución de esos usos. Ello quedó claro en las conclusiones del jurado del premio de Prensa de UNICEF en Centroamérica, cuando del análisis de los materiales difundidos por medios impresos, radiales y televisivos surgieron las siguientes tendencias:

- utilización del niño como parte de una imagen de beneficencia
- excesiva particularización de los problemas
- la denuncia como casi el único aporte a una situación
- la individualización extrema que lleva a perder el contexto de los problemas
- la ausencia de los niños y los jóvenes, se habla de ellos pero no con ellos

El jurado hizo recomendaciones en todas las entregas de premios. Retomamos éstas:

Todavía no está clara en algunos de los medios una política de comunicación sobre el tema de la niñez. Por ejemplo, sucede a menudo que en una misma empresa aparecen mensajes constructivos y bien fundamentados junto a otros que no reúnen todas las condiciones de objetividad o que caen directamente en el sensacionalismo. No es nuestro interés intervenir en la política interna de ninguna empresa, pero esas contradicciones podrían ser solucionadas con algunos acuerdos mínimos sobre el tratamiento de la información. Acuerdos para los que resultaría de suma utilidad el documento sobre los derechos del niño y otros aportes de organismos nacionales e internacionales. Un acuerdo mínimo, por ejemplo, podría ser el de no alarmar a la población hasta tanto no se esté absolutamente seguro del alcance de una amenaza sobre los pequeños.

Nos queda la sensación, en este tercer año de revisión de materiales, que el autor de mensajes para niños es un ser aislado, que realiza esfuerzos sin un contexto profesional en el que podría intercambiar informaciones y experiencias. En algunos medios hay autores que trabajan en nuestra temática sin ninguna conexión entre ellos, lo que lleva a la dispersión de esfuerzos valiosos. O bien se da el fenómeno del franco-tirador, con un trabajo literalmente de excepción dentro de una empresa. Son muy pocos los casos en los que una investigación es realizada por más de un periodista, aun cuando la complejidad del asunto ameritaría esa forma de colaboración.

Está abierta todavía la discusión sobre el tipo de formato y la estrategia discursiva más adecuada para tratar el tema que nos ocupa. ¿Cómo llegar a la población para colaborar en la lucha contra los usos sociales de la

infancia? ¿Cómo ofrecer información útil a los padres de familia? ¿Es preferible un testimonio o bien la opinión de un especialista? ¿Contribuyen a la toma de conciencia las cifras sobre desnutrición y mortalidad infantil, por ejemplo? ¿O ellas resultan demasiado abstractas? ¿Cómo acercar toda esa realidad a la percepción cotidiana de distintos sectores de la población? ¿Cómo hacer para que el problema de la niñez pase a ser *nuestro* problema?

Nadie por sí solo tiene la respuesta a este tipo de preguntas. Una colaboración entre las universidades, los medios, los profesionales de la prensa y las instituciones nacionales e internacionales sería preciosa para llegar a algunas conclusiones válidas para orientar el trabajo.

Estas páginas constituyen apenas una invitación a la reflexión. Sin duda existen materiales y programas que buscan acercarse más a la niñez y, sobre todo, a los niños. Pero son innegables la presencia del sensacionalismo y la exhibición de la violencia sobre y, desde hace unos años, protagonizada por los niños.

En Centroamérica intentamos, sin éxito por falta de interés de las universidades, crear una maestría en Comunicación para la Niñez. Era algo muy ambicioso, tal vez, pero lo cierto es que no encuentra uno mucha oferta para capacitar a comunicadores sociales en esos temas.

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, Abril de 1999